

[Publicado previamente en: *Arbor* 19, enero-febrero 1947, 5-27. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los más remotos nombres de España

Antonio García y Bellido

[-5→]

En términos latos, para cualquiera de las grandes y viejas culturas de Oriente, incluso la griega prehelénica, el conocimiento físico, directo, o la mera intuición del occidente de Europa llevó consigo el de España o, mejor, para decirlo de un modo más apropiado, de las tierras que constituyen lo que llamamos Península Ibérica, tomando esta designación en un sentido estricta mente geográfico.

Que tanto las culturas mesopotámicas como las mikrasiáticas y la egipcia tuvieron una idea más o menos precisa del extremo occidental del viejo mundo, es cosa que hemos de aceptar, aunque sea ello en rigor difícilmente testificable, pues los textos advenidos hasta el día no son claros. En cambio, las investigaciones arqueológicas van demostrando, al menos, que el contacto directo o mediato entre ambos extremos del Mediterráneo fue un hecho cierto que cabe colocar en la primera mitad del segundo milenio anterior a Cristo ¹. [-5→6-]

Partiendo, pues, de este hecho procede ahora preguntarnos: Pues si las culturas orientales tuvieron un contacto directo o indirecto con el lejano Occidente y concretamente con la Península Ibérica, ¿cómo designaron a ésta? ¿De qué término pudieron valerse para aludirla? Es aquí donde pisamos terrenos menos firmes.

En primer lugar hemos de advertir que, aunque los testimonios antes referidos se nos aparecen casi exclusivamente relacionados con Egipto, no hallamos en sus textos nada que aluda a España. No sabemos, pues, cómo la pudieron designar los egipcios. Por el contrario, y a pesar de la falta de documentación arqueológica segura con respecto a Mesopotamia, es aquí donde nos sale al paso el testimonio escrito más antiguo que encierra una posible alusión a la Península Ibérica.

Trátase de un texto cuneiforme asirio, datable tal vez hacia el 2800. En él se lee: «Anaku, Kaptara, los países allende el mar superior [Mediterráneo] Dilmun, Magan, los países allende el mar inferior [Golfo Pérsico] y los países entre los que nace y muere el sol, conquistados tres veces por Sargón, rey del mundo» ².

Evidentemente, el texto pretende encerrar con estos nombres los extremos del mundo entonces conocido; en tal caso, parece evidente, o admisible al menos, deducir que en la voz Anaku se hace una referencia al Occidente y, por tanto, también a España, si no es esta misma, pues Anaku, según los asiriólogos, es una expresión que significó

¹ Sobre estos hallazgos véase principalmente: la monumental obra de George y Vera Leisner, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*, Berlín, 1943; E. T. Leeds, *A milestone in western Archaeology*, en *Homen. a Martins Sarmiento*, Guimarães, 1933, págs. 402-404; H. C. Becke and J. F. S. Stone, *Faience beads of the British Bronze Age*, en *Archaeol.*, vol. 85 (1936), páginas 203-252. Véase también la recensión de estos trabajos en *Ipek*, 1937, página 137 y sigs. (H. Kühn. *Die aegyptischen Perlen als Fixpunkt für die Chronologie der Bronzezeit*). Sobre las opiniones últimas de Gordon Childe y Hawkes. cfr. las extensas recensiones de L. Pericot en *Ampur*. VI (1944), páginas 353 y 361, respectivamente.

² Vide Schulten. *Font. Hisp. Ant.*. I 156; el mismo, *Tartessos*, 2. páginas 21 y sigs.

«plomo», y luego también «estaño», metal este último que España exportó abundantemente en la época del bronce a Oriente, según lo acreditan fehacientes testimonios algo más tardíos. El texto, sin embargo, no es tan claro que esté libre de objeciones y dudas; pero por [-6→7-] el momento conviene exhibirlo aquí por lo que tenga de valor para el caso.

Es muy posible que aquellos hallazgos de procedencia oriental señalados en España en estas remotas fechas del segundo milenio antes de Jesucristo, sean productos de un comercio fenicio. Los fenicios surcaban por entonces los mares, monopolizando el tráfico y el intercambio entre Oriente y Occidente. Ello está acreditado por muchos documentos literarios dignos de fe. Así pues, cabe hacerse de nuevo otra pregunta: Entonces, ¿cómo llamaban los fenicios a las tierras del Occidente y concretamente a España? Aquí tenemos ya datos literarios de sumo interés por su relativa precisión. Vamos a ellos.

Hace más de medio siglo se descubrió un texto bíblico, no canónico, pero sí de valor histórico indudable, que parece beber, en parte al menos, en fuentes escritas fenicias muy viejas, remontables hasta el año 1000, poco más o menos, antes de J. C. Es el libro llamado «de los Jubileos»³.

Contiene una exposición paralela al Génesis (se le llama por ello también «Pequeño Génesis») y la descripción de un supuesto planisferio fenicio. Pues bien, al describir las partes del mundo conocido, se llama, o parece llamarse, a esta región ibérica del remoto Occidente, Meschech, acaso tomando en sentido lato el nombre de un pueblo peninsular sito hacia el E. o SE. de España, que podría identificarse con el posteriormente conocido por textos griegos con el nombre de *Μαστιηνοί*, *Μαστιανοί*, o bien *Μασσιανοί*, que se sitúa con toda precisión en la costa sur y sureste, entre Málaga y el Segura. Su capital estaba probablemente donde hoy Cartagena, que en tiempos anteriores al siglo III se llamó (ella o alguna otra ciudad próxima) *Μαστία* o *Μασσία*, nombre que, evidentemente, contiene la misma raíz. Tanto la ciudad como el pueblo aparecen ya citados así des de el 500 antes de J. C.⁴ [-7→8-]

En los demás textos bíblicos canónicos esta designación no aparece; en cambio surge con profusión y por doquier la de Tarschisch.

El término Tarschisch se tiene hoy, con fundamentos considerables, como el equivalente fenicio del término griego Tartessós (*Ταρτησσός*). No es éste el lugar de explicar la cuestión de nuevo⁵.

En el Antiguo Testamento se cita con mucha frecuencia⁶, con evidente alusión al Occidente, pero con la suficiente vaguedad para tener que acudir al término griego de Tartessós si queremos precisar algo más su ubicación.

En efecto, en el Antiguo Testamento, Tarschisch es una designación poco concreta; no da pie para fijar por sí misma un área geográfica determinada. Parece deducirse por ello que hacia el año 1000 antes de J. C., y siglos después también, Tarschisch hubo de significar para los fenicios una tierra situada en el Occidente, en el extremo del Medite-

³ Se han hecho varias ediciones críticas de él. Para su interpretación en materia geográfica, véase, como más reciente, el libro de Herrmann, *Die Erdkarte der Urbibel*. Braunschweig, 1931. Cfr. también nuestro libro *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942. pág. 15, con bibliografía.

⁴ Hekataíosh *apud* Stéph. Byz. frags. núm. 40, 41, 42 y 44 de Jacoby, *Frag. griech. Hist.* I., y Heródoros de Herákleaia, vide *Frag. griech. Hist.* I 215, 502. Además en Polyb. III 24. 2, 4: III 33, 9; Théopomp *apud* Stéph. Byz., en *Frag. Hist. Graec.*, de Müller. I. p. 316. núm. 224, y en la *O. M.* de Avienus, en 422, 450 y 452.

⁵ Bástenos con remitir a Schulten, *Tartessos*, 2, p. 51 y sigs., quien ha tratado últimamente sobre tal ecuación.

⁶ Vide mi libro *Fenicios y cartagineses en Occidente*, pág. 13 y sigs., y *Font. Hisp. Ant.* I 157 y sigs.

rráneo, equivaliendo quizá, y por consiguiente, a todo lo que hoy llamamos Península Ibérica, sin que ello signifique el claro conocimiento del carácter peninsular de ella, conocimiento que pudo intuirse, pero que no tomó estado científico hasta algo más tarde. Si actualmente colocamos Tarschisch en el mediodía de España, en las contigüidades del Estrecho, es por la precisión que aporta el término equivalente griego de Tarsessós, mucho más concreto y más limitado, término que, por otra parte, no afecta sino a una breve zona de la Península, como luego veremos. Ello nos invita a que pasemos a indagar cómo llamaron los griegos primitivos a nuestra Península.

Acabamos de ver que los nombres más remotos con que los orientales conocieron la Península Ibérica, o el Occidente del cual hace parte, son al parecer los de Anaku, Meschech y Tarschisch. Por lo [-8→9-] menos, éstos son los que han llegado a nosotros, como acabamos de ver. Pero también los prehelenos y los griegos primitivos conocieron e intuyeron el Occidente y con él España. Ya es una verdad hace tiempo adquirida y testimoniada abundantemente por la Arqueología, que los pueblos del Egeo anteriores y posteriores al año 1000 antes de J. C., tuvieron un contacto muy estrecho con el sur de Italia y Sicilia, y algo más flojo, pero evidente, con Cerdeña, sur de Francia, Baleares y España ⁷.

También es sabido de antiguo que en los poemas homéricos se alude con frecuencia, singularmente en la *Odyseia*, al Lejano Occidente. Por desgracia, los textos epigráficos cretenses no son lo bastante conocidos para utilizarlos como fuente histórica; así, pues, si en ellos hay alguna mención de España o del Occidente, en general, es cosa ignorada, y, por otra parte, las alusiones de los poemas homéricos al Occidente son muy imprecisas, sin que haya en ellas nada que designe un país concreto. A nuestro propósito, pues, los poemas homéricos carecen de valor.

Otra cosa se desprende de Hesíodos. En Hesíodos (hacia el siglo VIII-VII) hay no sólo citas referentes al Occidente en general y al Océano, sino que concretamente se mencionan ya a las Hespérides, colocando su morada justamente en la región sita hacia el Marruecos atlántico y la región gaditana ⁸.

Las Hespérides (Ἄ'Εσπεριδες) son las hijas de Hesperos, y vivían en un magnífico huerto. La voz griega ἑσπερος significa precisamente «la tarde», «el anochecer», y por extensión, tomando la palabra en un sentido espacial, geográfico, «el Occidente», «el Ocaso», el lugar, en suma, por donde aparece la noche, por donde el sol se oculta dando paso a las sombras. El nombre de hesperos y hespérides tiene, pues, en la mitología griega, desde Hesíodos en adelante, un valor simbólico que encierra la idea del Occidente y que sin duda lo designa también con carácter de nombre propio. [-9→10-]

El nombre, en tal caso, es extraordinariamente vago; para los griegos primitivos o para aquellos autores helenos poco informados, Hesperia, o el país del Occidente, podía ser, y de hecho lo era, la tierra sita inmediatamente a su lado occidental. Así vemos que tal designación recayó a menudo sobre Italia, a la que realmente se la llamó Hesperia. Luego, y a medida que los descubrimientos geográficos de los griegos fueron ampliando la extensión del mundo por ellos conocido y familiarizándose con las nuevas tierras de Occidente, el término geográfico y el nombre de Hesperia hubo de emigrar hacia el ocaso, hasta alcanzar el «finis terrae», es decir, el océano inmenso, el extremo occidental del orbe conocido. Allí hubo de fijarse ya definitivamente, pues sólo aquí cuadraba el concepto real y pleno de "Ἑσπερος de «Occidente».

⁷ Sobre esto cfr. mi trabajo *Las primeras navegaciones griegas a Iberia*, *Arch. Esp. Arqueol.*, núm. 41, 1940, págs. 97 y sigs. Véase también mi libro en prensa *Hispania Graeca*.

⁸ Hes., *Theog.* 215-16, 274-75, 517, 518 y 776.

Esta es la razón que explica el hecho extraño de que siendo para los griegos *Hesperia* un equivalente de Italia, luego el «Jardín de las Hespéridas» aparezca en pleno océano, al otro lado de las columnas de Hércules. Es entonces cuando *Hesperia* significa latamente tanto la Península Ibérica como el extremo occidental de África (el Marruecos atlántico), pero no concretamente España, como se suele creer. El nombre tópico que ésta tuviese entonces para los griegos, si se lo dieron, nos es desconocido.

Pero hay un viejísimo texto, muy adulterado por sucesivos retoques y que ha llegado a nosotros en una versión métrica latina mucho más reciente, que encierra algún dato curioso relacionado con aquellos primeros tiempos en que el Occidente se va abriendo al conocimiento de los griegos. En él, tal vez, se nos da un nombre propio referible a la Península concretamente. El texto va contenido en el poema geográfico de Avienus *Ora Maritima*. Según se desprende de algún pasaje, la Península Ibérica fue conocida algún tiempo con el extraño nombre tópico de *Ophioússa*, es decir, «tierra de las serpientes» (*ὄφις* = culebra, serpiente). Los versos que se refieren a ello parecen claros a este respecto, y dicen así: «después [de Oestrymnis, que hemos de identificar con la Bretaña francesa]... se descubre un gran golfo de extenso mar [el golfo o mar Cantábrico] hasta Ophiussa. Luego, desde este litoral hasta el mar Interno [Mediterráneo] se ofrece para el caminante una vía de siete días. [-10→11-] Ophiussa presenta tanta anchura como presenta la isla de Pelops [península de Morea o del Pelopónnesos] »... ⁹.

El sentido de estas palabras y esos nombres se deja amoldar bien a la geografía y no hay reparo de consideración que discrepe de lo deducido; es decir, que esta *Ophioússa* ¹⁰ ha de colocarse, sin duda alguna, en la Península Ibérica. El texto es claro y la comparación con la Península de Morea (que probablemente no es una glosa de Avienus, sino una aclaración del viejo y prístino texto, al menos eso creo) acentúa, salvo el craso error de dimensiones (ello es prueba, tal vez, de la vetustez de la comparación), la identificación con España y, aun más, el conocimiento de su carácter peninsular, conocimiento debido aquí a los navegantes que hacían —y el texto de Avienus es la fuente principal de ello— el viaje a Galicia, Bretaña y Cornualles en busca de estaño. Esta percepción morfológica de España se perdió luego para volver a descubrirse, al menos juzgando por los textos conocidos, tras el viaje o los viajes de Pytheas el massaliota, hacia fines del siglo IV antes de J. C.

Si este nombre lo dieron los focenses o cualquiera de los griegos que pudieran haber recorrido estos parajes en la época más remota de las navegaciones por el lejano Occidente, es cosa que no se puede precisar, pero cabe pensar que es anterior a las exploraciones de Phókaia ¹¹. El nombre de *Ophioússa* parece jónico y desde luego lo llevaron también varias islas mikrasiáticas, como Rhodas, por ejemplo; y cito esta isla porque por entonces eran los rhodios quienes con más profusión rondaban estos mares, según

⁹ Post illa...

magnus patescit aequoris fus(i) sinus
Ophius(s)am ad usque rursus ab huius li(t)tore
internum ad aequor...
septem dierum tenditur pediti via(e).
Ophiussa porro tanta panditur latus
quantam iacere Pelopis audis insulam
Graiorum in agro.

Av. *O. M.* 146 y sigs.

¹⁰ Transcribimos así restituyendo al griego lo que en Avienus está latinizado: 'Οφιούσσα = Ophiussa. lat. *Ophius(s)a*.

¹¹ Cfr. mi libro *Hispania Graeca*, próximo a aparecer.

los textos y aun los datos [-11→12-] arqueológicos ¹². En todo caso, *Ophioússa* parece haber sido un término geográfico aplicado concretamente a España o por lo menos a una gran extensión de ella, pues el texto de Avienus parece cuadrar, más que a toda la Península, a la parte occidental de ella, a la atlántica, es decir, aproximadamente a lo que hoy es Portugal.

EL NOMBRE DE IBERIA.

En ciertos textos griegos más recientes, al hablar de España aparece por vez primera la voz *Iberia* (Ἰβηρία) nombre ya familiar que ha perdurado, a través de ciertas vicisitudes, hasta el día de hoy. Esta fue la designación única y general entre los griegos para la Península, bien se tomase ésta en su totalidad o en una de sus partes. Es más, aun cuando entre los romanos, como luego hemos de ver, se usó siempre el de Hispania, no obstante estaba tan arraigado entre los griegos el nombre de Iberia que éste se siguió empleando incluso por aquellos escritores que vivieron en plena época republicana o imperial y escribieron en un medio puramente latino, época y medio en los que el nombre de Hispania era el corriente y, para los latinos, el único también. Correlativamente a la voz *Iberia* correspondía el nombre étnico de *iberes* (ἰβηρεῖς) en plural, o de *iber* (ἰβηρ) en singular, y con él los demás derivados. Conviene ahora indagar cuándo y cómo aparece por vez primera el nombre de Iberia en los textos griegos conocidos.

Como acaece en general, los primeros testimonios son un tanto cuestionables. En el viejo texto contenido en el poema geográfico de Avienus, *Ora Maritima*, hallamos las voces *Hiberia* ¹³, *hiberi* ¹⁴ e *Hiberus* (río) ¹⁵. Es de interés advertir que aunque el poema de Avienus está escrito en latín y por un latino, no aparecen en él ni [-12→13-] una sola vez las designaciones latinas *Hispania* e *hispani* como tópica y étnica, respectivamente, y que, por el contrario, en todos los casos citados surge extrañamente la voz griega *Iberia* y sus derivados adjetivales, pero con la sorprendente *h*, que no tiene en las grafías griegas justificación alguna. Si *Hiberia* e *hiberi* son en Avienus fieles transcripciones de algunos de los «vetustos» textos griegos en que directa o indirectamente se valió para informarse (información que el propio autor dice bebió en autores helenos muy antiguos), tendríamos tal vez en ellas las más remotas pruebas conocidas para el uso entre los griegos del nombre en cuestión, ya que por lo menos parte del contenido (y la más importante y extensa, por cierto) de su poema hay que atribuirlo a un original griego, un rotero o periplo datable del siglo VI o antes.

Pero cabe la posibilidad de que sean aclaraciones eruditas de los refundidores anteriores a Avienus o del mismo Avienus, que procura dar a su poema un aire de viejo, de arcaico, para acrecer su valor documental y erudito. Esta duda desvirtúa algo el interés de tales primeras menciones, pero el modo y manera cómo aparecen en el texto de Avieno autorizan a creerlas «originales», es decir, existentes ya en los autores fuentes de que directa o indirectamente se valió, según propia confesión, para componer su poesía didáctica.

En resumen, es verosímil que la voz *Iberia* se hallase ya en el viejo rotero que sirvió de base a la *Ora Maritima* y, por tanto, que su fecha probable haya que suponerla ya en la primera mitad del siglo VI o hacia sus comedios. Con ello tendríamos (aunque por

¹² Cfr. mi libro antes dicho.

¹³ V. 253.

¹⁴ Vv. 250, 472, 480, 552 y 613.

¹⁵ Vv. 248 y 503.

medio indirecto y con sus matices de duda) que el nombre de Iberia era ya usado en aquellas fechas por los griegos. En este caso sería el primer testimonio conocido para tal nombre.

Ello es tanto más verosímil cuanto que pocos decenios después un autor griego, un geógrafo eminente, Hekataíos de Miletos, debió usarlo también como nombre tópico para designar lo que hoy llamamos España. Efectivamente, por un recopilador mucho más reciente, por el famoso Stéphanos de Byzantion, que espiga y recoge textos griegos viejos para componer un diccionario geográfico en el siglo VII de la Era, sabemos que Hekataíos, el cual escribe [-13→14-] en Asia Menor hacia el años 500 antes de J. C., cita varias localidades de Occidente, de España, colocándolas en una tierra que debía designar Ἰβηρία.

La duda estriba aquí también en el hecho de no saber de cierto si cuando Stéphanos cita el tópico Iberia lo hace siguiendo a Hekataíos o lo hace por su cuenta, aclarando el texto de Hekataíos. La duda es meramente precautiva, pues no hay justificación bastante para ella, ya que Hekataíos había de situar las ciudades que cita en un lugar de nombre conocido y éste no podría ser otro que el corriente luego entre los griegos. Así, pues, es muy probable que hacia el año 500, como poco después será corriente, el nombre de Iberia viviese ya entre los griegos con un valor corriente para designar a España, He aquí cómo aparecen estas citas de Stéphanos: "Ἐσθητες ἔθνος Ἰβηρικῶν Ἐκαταίος Εὐρώπῃ; Σικάνη, πόλις Ἰβηρίας, ὡς Ἐκαταίος Εὐρώπῃ; Παρωγάται, οἱ Ἰβηρες Ἐκαταίος Εὐρώπῃ, etc. etc. 16.

Pasamos por alto otros textos de fecha dudosa, cuyo contenido es muy probable, empero, proceda del siglo VI también 17. Y vayamos a testimonios más precisos.

La primera designación indubitable la hallamos en el historiador Heródotos, que escribe, como es sabido, hacia mediados del siglo V antes de J. C. Esta tiene el valor de ser directa, es decir, que se encuentra en el propio texto de Heródotos y no en glosadores o scholiastas posteriores. Heródotos cita tanto a *Iberia* (en la forma jónica de *Iberie*. Ἰβηρίη) como a sus habitantes los iberes (ἰβηρες) 18.

Desde entonces en adelante el testimonio de los autores griegos es tan abundante y tan corriente que ya no interesa aquí el recoger nuevos documentos. Baste con saber que no es sólo universal para el mundo griego, sino además el único usado y conocido. Su identificación con la zona meridional y oriental de la Península es evidente en un principio, pero su carácter general para toda ella es materia dudosa que conviene explicar. [-14→15-]

EXTENSIÓN DEL NOMBRE IBERIA.

Los griegos, como es natural, no conocieron la Península Ibérica de una sola vez. Comenzaron por visitar las costas meridionales y orientales, que les fueron siendo cada vez más familiares. Ni griegos ni romanos tuvieron una idea cabal de la configuración de España hasta Pytheas y, con más rigor, hasta los siglos II y I antes de J. C., en que acabaron de conquistar el O., NO. y N. de la Península.

Así, en un principio, el nombre de iberia sólo tiene su aplicación a una parte pequeña de la Península. De tal modo, que tras un momento en el que, al parecer, Iberia era únicamente cierta breve región de la provincia de Huelva 19 adviene un largo período en el cual esta designación se corre por la costa mediterránea para significar toda

¹⁶ Vide Jacoby, *Frag. griech. histor.*, I 47, 15. 49; vide también 46, 48., 50, 51 y 52.

¹⁷ Pueden verse recogidos en *Font. Hisp. Ant.*, I. p. 168 y 169.

¹⁸ Heród. I 163...: τῆν Ἰβηρίην καὶ τὸν Ταρτησσόν...; VII 165... Φουλακῶν καὶ Λιβύων καὶ Ἰβηρῶν καὶ Λιγύων ἕ.

¹⁹ Véase más adelante el párrafo dedicado al origen del nombre Iberia.

la zona que va desde el Cabo de San Vicente (en términos latos) hasta el Rhódano, para terminar luego, en tiempos ya plenamente romanos, a designar la Península en su integridad física, equivaliendo en todo y por todo al término latino Hispania y al que actualmente conocemos como Península Ibérica.

Una clara prueba de lo dicho la hallamos en Polybios, que estuvo en el interior de España (en Numantia) hacia comienzos del último tercio del siglo II antes de J. C. El gran historiador griego dice esto: «Se llama Iberia a la parte que cae sobre Nuestro Mar [Mediterráneo] a partir de las Columnas Herákleas [Estrecho de Gibraltar]; mas la parte que cae hacia el Gran Mar o Mar Exterior [Atlántico], no tiene nombre común a toda ella a causa de haber sido reconocida recientemente" ²⁰. El reciente reconocimiento de la parte occidental de la Península, al cual alude Polybios, es el llevado a cabo en 138 por Brutus el «Gallaecus» (el «gallego»), que llegó hasta el último tramo del Duero, hasta lo que los romanos han de llamar desde entonces *Gallaecia*. Años antes las legiones [-15→16-] romanas habían reconocido también en son de guerra todo el interior de la Península, lo que hoy es Castilla la Nueva y gran parte de Castilla la Vieja. Pero los textos, aunque dejan entender implícitamente que hacen parte de lo que se llamaba Iberia, no la citan como tal, sin duda porque se daban buena cuenta de que ello era confuso, ya que el nombre de Iberia llevaba consigo el de íberes y éstos no podían ya confundirse con los celtas y celtiberos del interior ni con los gallaeci, astures y cántabros del NO. y del N., pueblos conocidos entonces directamente, por vez primera. Por ello, Polybios no hace extensivo el nombre de Iberia a estas regiones, dejando el problema de su nombre al futuro.

El futuro, sin embargo, hubo de plegarse más a la necesidad de designar con un solo nombre a toda la unidad geográfica peninsular, que inventar distintas nomenclaturas tópicas, basadas en las étnicas, para las nuevas regiones exploradas y conocidas. Prevaleció, pues, el criterio geográfico sobre el étnico, y tanto los griegos con *Iberia* como los romanos con *Hispania*, acabaron por designar, sin distinción parcial, a toda la masa peninsular desde los Pirineos hasta el Estrecho y desde el Cabo da Roca hasta las Baleares, inclusive.

Veamos lo que Strábon nos dice a este respecto, él, que escribe su Geografía cuando, con Augustus, ya no hay *terrae incognitae* en la Península, es decir, a fines del siglo I antes de J. C. y comienzos de la nueva era. «Con el nombre de Iberia –dice el geógrafo– los antiguos [griegos] designaron a todo el país, a partir del Rhodanos [Ródano] y el istmo que se extiende entre los golfos galáticos [de Lión y Vizcaya], mientras que los de hoy día colocan su límite en el Pyréné [Montes Pirineos]» ²¹.

El texto straboniano no puede ser más explícito. Este fue el concepto que desde entonces en adelante hallamos ya por doquier, tanto entre griegos como entre latinos. El citar sus palabras sería ya labor superflua.

Mas hemos dejado pendiente al correr de la pluma una cuestión que tal vez haya extrañado ya al lector. En Strábon se dice que [-16→17-] antes, los autores griegos, incluían en el concepto geográfico, espacial, de Iberia la parte del sur de Francia que va de los Pirineos al Rhódano. ¿En qué se basaron para cometer tal aparente error, que ya fue rectificado bastante antes de Strábon, a pesar de que este autor hace partir la corrección de su tiempo (siglo I antes de J. C.) ?. Vamos a verlo.

²⁰ Polyb., III 37, 10 y 11.

²¹ Strab., III 4, 19.

En un periplo datable del siglo IV antes de J. C., atribuido a Skylax de Karianda, se lee este párrafo, sito después de tratar de los iberos de la costa oriental de España y después de citar Empóron (Ampurias, al pie de los Pirineos): «Tras los iberos hállanse los ligures y los iberos mezclados, extendiéndose hasta el Rhódano», y luego añade la duración del viaje por mar, diciendo: «El viaje por mar costeano la tierra de los ligures, desde Empóron hasta el río Rhódano, dura dos días y una noche»²².

Efectivamente, de no existir este curioso texto, algo semejante hubiésemos deducido también por la arqueología y por la toponimia. Aparte de ciertos nombres tópicos, sitios en el Rosellón, tal como Illiberri (Elna), los hallazgos arqueológicos demuestran la existencia aun en el siglo II-I antes de J. C. de gentes de estirpe ibérica en esta región (monedas, alfabeto, cerámica, etc.) cercana al Pirineo, tal vez residuos de grupos mayores que hubieron de ceder a los galos, pero que antes ocuparon, sin duda, también parte, al menos, de la Provenza hasta la orilla derecha del Rhódano. En este sentido cabe interpretar como noticia explicable un texto anterior de Aischylos (Esquilo), que hace correr el Rhódano por Iberia²³, así como cabe también identificar los μίγητες (mezclados) del Ps. Skylax con los de otro modo inexplicables μίσγητές de Hekataíos²⁴. Así, pues, es evidente que el error procedía de identificar el nombre étnico con el geográfico, haciendo que Iberia llegase hasta el Rhódano, porque los iberos llegaban precisamente en [-17→18-] ciertos tiempos hasta su orilla. Pero el error ya se corrigió por lo menos a fines del siglo III, ya que poco después, cuando los romanos hacen la primera división de España, la Provincia Citerior acaba en la Narbonense, es decir, en los Pirineos.

ORIGEN DEL NOMBRE IBERIA.

¿De dónde vino el nombre de Iberia? Al describir el litoral de la región de Huelva el periplo contenido en la *Ora* de Avienus cita un río, acaso el actual Tinto o el Odiel, al cual llama *Hiberus*, y dice a continuación: «Muchos sostienen que de él han recibido su nombre los iberos y no del río que corre por entre los inquietos vascones. Y toda la tierra que está situada en la parte occidental de dicho río es llamada Hiberia; en cambio, la parte oriental es la que contiene a los tartessios y los cilbicenos»²⁵.

Si prescindimos del párrafo donde habla de los vascones, que, a juicio de muchos, es una aclaración interpolada por Avienus o por cualquiera de sus predecesores en el manejo del texto primitivo, lo que parece cierto, queda claro que en el texto prístino los iberos y el Iber estaban en la región del Sur, más concretamente en la de Huelva, y antes, por tanto, de las Columnas de Hércules (Gibraltar). Es curioso que el nombre de Hiberus, o Iber, aplicado a este río de la zona de Huelva es muy viejo, tanto que ya no se vuelve a citar en los textos llegados a nosotros, cosa que acaece, como es sabido, con otros muchos nombres contenidos en el viejísimo texto que sirvió de base para la *Ora Maritima*. [-18→19-]

²² Müller, *Geogr. Graec. Min.* I 17 : 3.

²³ Plin. *N. H.* XXXVII, 32, Aeschylus in Iberia Eridanum esse dixit eundem que appellari Rhodanum.

²⁴ Jacoby, *Frag. griech. Histor.* I, n.º 50.

²⁵ Vv. 248-255:

at Hiberus inde manat amnis et locos
fecundat unda, plurimi ex ipso ferunt
dictos Hiberos, non ab illo ilumine
quod inquietos Vascones praelabatur,
nam quiequid amnem gentis huius adiacet
occiduum ad axem, Hiberiam cognominant,
pars porro eoa continet Tarlessios
et Cilbicenos.

Sin embargo, la referencia de la *Ora* podría ser discutible de no existir la circunstancia de haber llegado por casualidad una cita, muy antigua también, aunque algo posterior (datable en el siglo V antes de J. C.), en la que vemos mencionados a unos iberos claramente localizables precisamente en la región de Huelva, junto a los tartessios también y diferenciados de ellos. En el texto tales entidades étnicas son enumeradas de E. a O. y dice así: «A orillas del Mar Sardo [Mediterráneo Occidental] habitan en primer lugar los libyfenicios colonos carthagineses [zona costera entre Almería y el Estrecho]; después, según dicen, están los tartessios [región del Bajo Guadalquivir]; a su lado están los íberes»²⁶.

Los íberes de este documento eran, pues, los mismos que son citados en el texto de Avienus y, por lo tanto, uno y otro acreditan su antigüedad.

Otro texto mucho más tardío, pero de gran autoridad, viene a decir lo mismo y confirmar, por tanto, a los dos anteriores. Hállase en Strábon, pero procede, como declara explícitamente el geógrafo, de un tal Asklepiades de Myrleia, ciudad de Bythina, en Asia Menor. Este escritor estuvo largo tiempo en Andalucía hacia el siglo I antes de J. C., donde enseñaba «grammatika»; escribió también una descripción de los pueblos turdetanos, perdida, pero utilizada por Strábon. Pues bien, de ella procede esta frase: «Otros llaman Iberia sólo a la región de la parle de acá del Iber, a cuyos habitantes en un principio llamaban igletes y ocupaban una pequeña región al decir de Asklepiades el Myrleanós»²⁷.

Según este párrafo, parece ser que se llamó *Iberia* por el *Iber*, que hoy llamamos Ebro; pero el texto dice que pasa por una pequeña región ocupada por los *igletes*. Ahora bien, ¿quiénes eran [-19→20-] estos *igletes*? Pues estos *igletes*, llamados también *gletes* por Theópompos²⁸, eran gentes que en tiempos del periplo contenido en la *Ora* (siglo VI antes de J. C.) ocupaban precisamente la región de Huelva, donde son citados con el nombre de *ileates*²⁹, que luego no vuelven a ser mencionados en la región del Ebro.

De menos fuerza probatoria es la cita de Strábon, en la que aludiendo a Onoba. Huelva, la llama Ἰβερία (ciudad de Iberia)³⁰.

¿Qué interpretación cabe hacer de estos hechos? A mi juicio, tanto los púnicos como los griegos la región de España que conocieron antes y mejor no fue la del Este, sino la del Sur. En el Este no tenían qué buscar ni en qué comerciar, mientras en el Sur, desde tiempos inmemoriales, existían ricos emporios y centros mineros de gran importancia, de los cuales uno, y no el menos valioso, estaba precisamente en la región de Huelva en sus minas de cobre, y otro, el de Tartessos, cercano a él, de fama entonces universal por sus depósitos de minerales traídos del interior y, sobre todo, de estaño oriundo de Galicia y las Bretañas, tanto francesa como inglesa.

No es una casualidad que hacia el año 1000, poco más o poco menos, se fundase en las cercanías de ambos emporios la ciudad de *Gádir*, la colonia más antigua de lodo el Occidente, ni que los griegos fundasen cerca de ellos también la colonia de Maináke, la más occidental asimismo del mundo griego, ni que los focenses estableciesen lazos de

²⁶ El texto se halla en el llamado Pseudo Skymnos de Chios, 199, y debe proceder de un autor del siglo V y no de Éphoros, como se ha dicho. Helo aquí:

ἔστι δ' ὡς λόγος
Ταρτίσσιοι κατέχουσιν. εἰς Ἰβήρας οἱ
προσεγγίζουσιν.

²⁷ Strab., III 4, 19.

²⁸ Steph. Byz. frag. 242 de Müller. en *Frag. Histor. Graec.* I, página 319.

²⁹ Ora, v. 302.

³⁰ III 5, 5.

amistad con Arganthónios, rey de Tartessos, ni que en Andalucía se hayan encontrado los más viejos testimonios de relación con griegos y púnicos, y en ella hubiese florecido la cultura más desarrollada de toda la Península, ni que allí entrase la romanización antes y mejor que en ninguna otra provincia del imperio.

Todo ello muestra bien a las claras que griegos y púnicos hubieron de conocer antes estas regiones que las del Ebro, pobres entonces como ahora, donde no hay puertos fáciles ni riqueza agrícola, ganadera o mineral con que atraer a los mercaderes extranjeros. [-20→21-]

De la región de Huelva el nombre de Iberia hubo de extenderse al resto de la Península, mejor dicho, a la parte que fueron conociendo los griegos paulatinamente conforme aplicaban al área de sus navegaciones. Así, pues, en los textos griegos el nombre de Iberia se aplica indistintamente a toda la zona peninsular conocida por ellos, pero no necesariamente a toda la Península, según hemos visto ya.

Cabe, empero, preguntar: ¿Entonces cómo es que los textos más recientes se expresan siempre como si el nombre de Iberia procediese del río Iber-Ebro? Pues, probablemente, porque éste, una vez conocida la Península, llamó la atención por su mucho caudal y su gran extensión, al paso que el otro era insignificante y quién sabe si para entonces había ya cambiado su nombre, como parece deducirse del silencio posterior ³¹. Como los antiguos eran muy dados a sacar explicaciones etimológicas, mitológicas e históricas de los nombres geográficos que no entendían, es fácil que cundiese la idea, luego generalizada y aceptada, de que Iberia procedía del nombre del río Iber o Ebro. Más de una vez se encuentran en el Mediodía nombres tópicos que reaparecen en el E. y NE. Pudo, por tanto, haber un pueblo ibero y un río Iber en Huelva y otro pueblo y río homónimos en el NE.; pero el tratar de explicar las causas de estas homofonías, que no son casuales, pues se repiten con relativa frecuencia, cae ya fuera de nuestro propósito.

EL NOMBRE DE HISPANIA.

Del mismo modo que entre los griegos se acostumbró a llamar a la Península nuestra con el nombre de *Iberia*, así también entre los escritores latinos no encontramos para la misma más designación que la de *Hispania*. Correlativamente, si para los primeros sus habitantes se llaman *íberes*, para los segundos se dice *hispani*.

Conviene ahora averiguar de dónde tomaron los latinos un nombre tan distinto del corriente entre los griegos y cuándo y cómo [-21→22-] empezó a usarse. El problema o los problemas que sugiere este nombre son tanto más interesantes cuanto que, en primer lugar, extraña mucho que, siendo los latinos herederos de la cultura griega y sus imitadores (sobre todo en materias científicas como las geográficas) ³², el nombre con que conocieron a España no tenga nada que ver, ni en su forma ni en su origen, con el anterior griego de Iberia; y, en segundo lugar, porque los avatares históricos han hecho que de él derive directamente el nombre actual y oficial de nuestra patria, pues España podría llamarse ahora Iberia con los mismos legítimos derechos; pero la verdad y la realidad es que se llama y la llamamos España, y que fuera fuimos y seguimos siendo España en cualquiera de las formas lingüísticas hoy en uso (Espanha, Spagna, Espagne, Spain, Spanien, etc.). Veamos, pues, qué es lo que, con los elementos de juicio hoy a mano, podemos averiguar sobre un nombre de tal vitalidad.

³¹ En Plinius (III 7), al Tinto y Odiel se les llama ya (sin saber su correspondencia) Luxia y Urium.

³² Muy elocuente es, a este respecto, la frase de Strabon (III 4, 19): «Los escritores romanos imitan a los griegos... Traducen lo que han dicho los helenos, sin mostrar por sí mismos una curiosidad muy despierta. Así resulta que cuando faltan aquéllos, los otros no llenan el vacío. Por lo demás, la mayoría de los nombres geográficos en uso son de origen griego.»

Averigüemos antes de nada el momento en que aparece por vez primera en la Historia y en qué circunstancias y ambiente. Para ello hemos de ir a los primeros escritores latinos.

En uno de los tres primeros autores con que se abre a la historia la literatura latina, es decir, casi al tiempo en que el latín comienza a ser lengua literaria escrita, hallamos ya el nombre que había de llevar para siempre nuestra tierra. Este autor es Ennius, que escribe hacia el año 200 antes de J. C. Su aparición en tal escritor hemos de agradecer-sela a la buena suerte, pues figura en uno de los cinco fragmentos conocidos referibles a España (brevísimos a su vez, unos cinco versos en total) de su Historia Romana (*Annales*). Uno de ellos contiene, en efecto, la primera mención conocida del nombre Hispania. Vale la pena transcribir el testimonio, que dice así (sin más ni menos): «Hispane, non Romane memoretis loqui me»³³. Esta cita, [-22→23-] si bien no menciona el nombre geográfico, tópico, cita su perfecto correlativo, el étnico geográfico, derivado de aquél y que presupone la existencia indudable del nombre Hispania.

En cuanto a la fecha de esta primera mención conocida, puede afirmarse la del 200, poco más o menos, antes de J. C., es decir, luego del final de la segunda guerra púnica, de la hannibálica. Así, pues, aparece en la historia mucho después que el de Iberia, que le precede lo menos en cuatro siglos, aunque tal vez el nombre fuese ya corriente en tiempos de la primera guerra púnica (segundo tercio del siglo III).

En lo conocido de sus dos coetáneos, algo más viejos, Livius Andronicus y Naevius, nada hay para nuestro tema. Es más, son rarísimas aun las citas literarias, conocidas como del siglo posterior, el II. En esta centuria debió citarse, empero, corrientemente en los historiadores, pues fue justamente el siglo en que Roma hubo de padecer sus mayores descalabros y apuros en la Península (Numantia, guerras de Viriato), pero en documentos coetáneos sólo vemos la mención de Hispania una sola vez y ésta en L. Caius Hemina, autor poco destacado, que debió escribir hacia mediados del citado siglo. Su mención es la primera que escribe el nombre geográfico, Hispania, y parece que es con ocasión de hablar de la segunda guerra púnica³⁴. Indirectamente se halla citado dos veces más en la misma centuria en textos atribuidos a L. Coelius Antipater (hacia el 120 antes de J. C.), pero es dudoso que las citas sean copias textuales del autor aludido³⁵.

En el siglo I antes de J. C. es ya corriente en todos los historiadores.

Advirtamos, empero, que la rareza de su cita antes del siglo I no implica que el nombre no fuese multitud de veces citado por los historiadores y analistas y mencionado por el pueblo en general como nombre común de todos conocido; la rareza de sus testimonios estriba para estos dos siglos (el III y el II) en la escasez de textos oriundos de ellos. Así, pues, como los textos directos anteriores al siglo I [-23→24-] son rarísimos, rarísimas son también las veces que aparece en ellos el nombre de Hispania o las voces de él derivadas.

EXTENSIÓN DEL NOMBRE HISPANIA.

En cuanto a la extensión del término geográfico Hispania, siempre entre los latinos coincide con toda la Península. Esta fue ya dividida en el año 197 en las dos provincias de *Citerior* y *Ulterior*, de las cuales la Citerior tuvo desde el primer momento límites moderados y lógicos, no así la Ulterior, cuya desmedida proporción implica que la re-

³³ *Annales*, 503, ed. Vahlen. Su traducción es ésta: «Acordaos de que me habéis oído hablar como español, no como romano». Tal vez se trate de un embajador español en Roma.

³⁴ Nonius s. v. *utrasque* p. 183: *Hemina historiarum lib. III* «in Hispania pugnatum bis, *utrasque* nostri loco moti». Peter. *Hist. Rom. Frag.* 73.

³⁵ Liv., XXI 47, 4, y Plin. *N. H.*, II 169.

gión O., NO. y N. no era aún bien conocida, ni en forma ni en tamaño. Su verdadera forma no se acabó de conocer realmente hasta Augustus, aunque antes ya estuvieran por Portugal y Galicia Brutus Gallaicus (mediado el siglo II) y Caesar (mediado el I). Pero desde el primer momento todas estas regiones se incluyeron sin dudar en lo que se llamó Hispania Ulterior, lo que quiere decir que eran de Hispania.

El texto de Polybios antes citado a propósito de la extensión del nombre griego de Iberia, implica, sin embargo, una vacilación, debida, sin duda, al espíritu crítico del griego, que consideraba aventurado dar un nombre general a una región no conocida aún con suficiencia.

En Strabón (época de Augustus) hallamos un texto en el que se identifican por entero los términos Iberia e Hispania cuando dice: «Los romanos han designado la región entera [la Península Ibérica] indistintamente con los nombres de Iberia e Hispania y a sus partes las han llamado Ulterior y Citerior, reservándose el modificarla aún si las circunstancias exigiesen una nueva dimisión administrativa»³⁶. La afirmación straboniana sobre la indiferencia entre Iberia e Hispania para los romanos es posible que fuese cierta en el habla corriente de los círculos cultos, helenizados y helenizantes de la época [-24→25-] de Caesar y de Augustus; pero la verdad es que el término Iberia aparece rarísima vez entre los latinos, al menos en los textos conocidos.

Es interesante añadir que con frecuencia aparece en plural (*Hispaniae*), aludiendo con ello, y sin duda, a las diversas provincias en que se considera dividida ya desde comienzos del siglo II, como hemos dicho. Los textos, en efecto, solían decir Hispania Ulterior. Hispania Citerior, y luego, tras la reforma de Augustus (7-2 antes de J. C.), Hispania Tarraconensis, Hispania Lusitania e Hispania Baetica.

Por influencia culta se ve de vez en cuando en los escritores latinos el nombre de Iberia e Hiberia, y viceversa, en los griegos aparece el de Hispania al modo latino Ἰσπανία. Así, en Plinius, el viejo, vemos los términos geográficos *Hiberia* (III 21), *Hibericum Mare* (III 6 y 74) y el gentilicio *hiberi* (III 8), pero ello sólo en casos en los que al parecer sigue autores griegos o trata de cosas pasadas, porque en los demás casos dice *Hispania* e *hispani*, etc. En el geógrafo griego Ptolemaíos leemos esto: Τῆς Ἰσπανίας, κατὰ δὲ Ἑλλήνων Ἰβηρίας (II 4, 1), y para no cansar al lector con nuevos ejemplos, citemos por último a Markianós de Herákleia, donde leemos esto: Ἡ Ἰβηρία ἦτις καὶ Ἰσπανία καλεῖται (II 6) y esto otro: τὴν τε Ἰβηρίαν ἦν καὶ Ἰσπανίαν προσαγορεύουσι (II 3), o esto otro: ἐν δεξιῇ μὲν τῆς Ἰσπανίας ἐστὶν ἡ Βαιτικὴ (II 3), al lado de... ἀπὸ τῆς ἐν Ἰβηρίᾳ Κάλπη (II 4). Finalmente, para no agotar las citas de Markianós, porque no hacen sino abundar en lo mismo, esta otra frase: Πρώτερον μὲν οὖν ἡ Ἰβηρία διήρητο ὑπὸ Ῥωμαίων εἰς ἐπαρχίας δύο, νυνὶ δὲ εἰς τρεῖς, εἰς Ἰσπανίαν Βαιτικὴν καὶ εἰς Ἰσπανίαν Λουσιτανίαν καὶ Ἰσπανίαν Ταρρακωνικήν (II 7). Pero éstos son ya autores tardíos.

El primer caso en el que cronológicamente pudiera aparecer el nombre latino de Hispania adoptado por un griego, es el de un tal Díphilos (sin duda distinto del de la «comedia nueva», es decir, posterior al siglo IV antes de J. C.), quien hablando del «garum» de Sexi (Almuñécar) lo llama σπανός = hispanus³⁷. Nótese que el adjetivo [-25→26-] daría un nombre, Σπανία, Spanía, tal vez más lógico y más antiguo que *Hispania* (con H parásita), según vamos a ver ahora.

ORIGEN DEL NOMBRE HISPANIA.

Ahora hagámonos esta pregunta: ¿Cómo es que griegos y latinos conocen a la Península con dos nombres tan distintos, en los que no cabe buscar origen común alguno?

³⁶ Strab., III 4, 19.

³⁷ Σπανός ὁ Σαξίτανός λεγόμενος. Athénaios, III 121 a.

Si el nombre de Iberia se lo explicaban los griegos por el río Iber, fuese éste cual fuese, ¿qué origen tuvo el de Hispania?

Ya es vieja la suposición de que en esta voz se encierra una raíz fenicia, acaso derivada de «saphan», equivalente a «cuniculus» o conejo, animal muy abundante en España y desconocido de los fenicios, como lo fue también entre los griegos³⁸. El añadido de la *i* con la que los fenicios expresaban la idea de isla o costa debió dar *i-se-phan-im*, de donde se derivaría la voz *Ispania*. que vendría a significar acaso «costa o isla de los conejos»

Este nombre sería, pues, el corriente entre los cartagineses, quienes lo heredarían probablemente de los tyrios. Luego, por la proximidad de Carthago y Roma y por la comunidad de intereses en el Mediterráneo occidental, comunidad que les llevó a las tres famosas «guerras púnicas», los romanos conocieron nuestra Península con el nombre púnico de *Ispania*, al que añadieron una H, no bien explicada, pero acaso similar a la de Hiberia o a la de Hasta y quizá la de Hispalis. Esto, si no es del todo satisfactorio, es sí probable y posible.

En tal caso, tendríamos que el nombre más viejo de España sería el de *Ispania*, anterior y más concreto que el de Hesperia, Ophioússa e Iberia, pues habría que datarlo en los tiempos de las primeras relaciones de Tyro con las costas del sur de España, es decir, con la fecha aproximada del año 1000, en que, poco más o poco menos, los tyrios fundan Gádir (Cádiz).

La suposición de que Hispania encierre una raíz fenicia es ya muy [-26→27-] vieja. Bochart, en su *Geographia Sacra*³⁹, dice: *Hebraeis saphan est cuniculus, inde Spanija dicta cuniculosa regio*.

Actualmente participan de esta opinión también Littmann y Schulten⁴⁰. A mí también me parece aceptable como hipótesis.

De ser así, parece que la H de Hispania ha de ser una letra parásita, cuyo origen desconocemos, pero que no es insólito en otros nombres, como el griego latinizado de Hiberia, en el latino de Hasta e Hispalis, etc. Como dato curioso, debo citar a este respecto que en la estela mortuoria de un *equus* perteneciente a un ala hispana, la voz aparece aquí sin la acostumbrada *h*, es decir, *ispana*⁴¹. La estela es anterior al año 74 de J. C., fecha en la cual la guarnición había ya abandonado la Germania Superior. Parece ser que es, incluso, bastante anterior a la fecha supradicha. En otra estela, de Clunia ésta, se ve también la misma particularidad⁴². En Aquileia se halló la estela de otro soldado de Palentia al que se le dice *Ispanus miles legionis VII geminae*, de nuevo sin la *h* esperada⁴³. En el mundo griego del tiempo del Imperio romano se lee en ciertas lapidas: *σπανών*⁴⁴ contra *Ἰσπανων* e *Ἰσπανής*⁴⁵.

Nombres geográficos fenicios y cartagineses heredados por los romanos podríamos citar en España muchos. Prescindiendo de nombres de ciudades como Málaga, Gá-

³⁸ Vide Strab., II 2, 6, y III 5, 2.

³⁹ Edic. 1674, pág. 190; edic. 1707. pág. 631, tomado de Schulten. *El nombre de España*, en «Investigación y Progreso», 1934, núm. 6.

⁴⁰ Vide Schulten, *loc. cit.*

⁴¹ Mannheim, Esperandieu, VII 5.738.

⁴² CIL, II, 3133. Quintero Atauri, *Uclés*. II, pág. 52. n.º 3.

⁴³ CIL, V 920.

⁴⁴ *Cursus Honorum* de Nikaia, *Bull. d. Instit.* 1843, 74.

⁴⁵ *CIG*, 3902 c; *IGI*, 752; *Bull. Hell.* IV 103.

dir, etc. ⁴⁶, los hay también de regiones, como el de Ebusus. del fenicio *i-b-sh-im*. es decir, «isla de los pinos», lo que los griegos, traduciendo, llamaban del mismo modo: *Pityoussa* (Πιτυούσσα, de πτυς = pino); así, además, lo afirmó Tímaios ⁴⁷.

⁴⁶ Vide Millás Valligrosa: *De toponimia púnico-española. Sefarad*, I, fasc. 2 (1941), pág. 6 de la tirada aparte.

⁴⁷ *Apud* Diódoros en V 16.